

Maurice Dobb. Political Economist, Basingstoke, Palgrave MacMillan, 2013.

Timothy Shenk

Por Manuel Ríos

Facultad de Filosofía y Letras -UBA

manuelrios1987@yahoo.com.ar

Maurice Dobb. Political Economistes, según nos advierte el autor, más que una tradicional biografía centrada en la vida del célebre economista británico Maurice Dobb, un ensayo biográfico que pretende reconstruir sus principales ideas, relacionándolas con el contexto histórico en el que fueron concebidas. Para ello, parte de un conjunto variado de fuentes, compuesto por trabajos publicados, trabajos sin publicar, entrevistas, correspondencia, entre otras.

El título de la obra ya anticipa un enfoque particular sobre el autor estudiado. Dobb, nacido en 1900, no es presentado como un economista, sino más bien como un "economista político". La utilización de este término (que era el que utilizaba Dobb para caracterizar sus trabajos), por un lado, ubica a Maurice Dobb en una tradición que se remonta a Adam Smith, y, por sobre todo, a Karl Marx. Siendo Dobb un reconocido miembro del Partido Comunista, esto no sorprende al lector. Pero, más importante aún, la idea de economista político busca relacionar a Dobb con el análisis de la historia desde una perspectiva totalizante. Dobb creía que el economista solo se detenía en los problemas microscópicos, entre los que ubicaba al intercambio y al mercado. El economista político, en cambio, se concentra en los fenómenos macroscópicos de la sociedad. Mientras que el espectro de la economía es reducido, la economía política ofrece una visión más completa de la sociedad que incluye a las disputas por el poder y los cambios económicos, entre otros aspectos. El enfoque adoptado por Dobb, nos dice Shenk, es obviamente, el resultado de su compromiso político.

Dobb se inclina hacia el comunismo poco después de la revolución rusa, rondando los veinte años de edad. Mientras en Cambridge, donde realiza sus estudios de grado, el paradigma marshalliano establece la obsesión por la utilidad marginal, Dobb comienza

a inquietarse por las disputas de poder que marcarán todo el siglo XX. Su interés por comprender la historia y la economía desde una perspectiva totalizante es una respuesta a lo que Dobb cree que es una visión demasiado estrecha de la realidad —la de los economistas—, visión que no tiene en cuenta la posibilidad de cambios más o menos abruptos en la distribución del poder. Dobb está pensando, en todo momento, en la revolución socialista. Esto es quizá el punto más interesante del trabajo de Shenk, que nos presenta a Dobb como un intelectual fuertemente vinculado a la política, cuya producción bibliográfica y docente está directamente orientada a alimentar la posibilidad de desarrollar el comunismo en el Reino Unido, y, por qué no, en el mundo. Según Shenk, cuando Dobb escribe sobre el desarrollo industrial del siglo XIX, o cuando escribe sobre los mercaderes del siglo XIII, tiene en mente una sola cuestión: la revolución y el desarrollo del socialismo. Así pues, la comprensión de los fenómenos históricos previos solo tiene sentido si sirve para combatir a la política burguesa.

La obra de Shenk sigue, como es de esperar en una biografía, un orden cronológico. Normalmente, los capítulos se dividen por ejes temáticos centrados en las producciones de Dobb, si bien en los últimos quizá es más determinante el contexto histórico que la orientación del mismo Dobb.

Dobb comienza a formar parte de grupos de radicales desde fines de la década de 1910, donde dicta cursos de marxismo: un marxismo que, en palabras de Dobb, tenía muchas dificultades en comprender en ese entonces. Cuando ingresa en Cambridge, Dobb rápidamente se suma a los pequeños grupos de izquierda que se estaban organizando allí. Lejos de conformar sectas académicas, estos grupos se involucran activamente en las luchas políticas de la clase obrera inglesa, colaborando en la organización de una huelga de transporte y mineros en 1922. Por estos años Dobb llama la atención de un destacado miembro de Cambridge, John Maynard Keynes, quien si bien considera que la tradición marxista no es más que un conjunto vetusto de panfletos incendiarios, parece tener cierto interés en el pensamiento de Dobb, a quien invita a participar de las reuniones del club de economía política.

En 1922 Dobb se afilia al Partido Comunista, y en 1925 publica su primer libro: *Capitalist Enterprise and Social Progress*. Parida en Cambridge, pero con el sello de Dobb, la obra combina una fuerte impronta marxista con elementos tomados de los marginalistas. Dobb presenta al empresario como un verdadero *homo economicus* que podía percibir, con claridad, el rendimiento que le traería cada centavo extra que gastase. Pero, asimismo, Dobb se pregunta por qué el capitalista tenía derecho a la ganancia. Y la respuesta la encuentra en el monopolio. Escrito poco tiempo después de la publicación de la monumental obra de Lenin sobre el imperialismo, el primer libro de Dobb sugería que el rédito se explicaba por el control que tenía un grupo reducido de empresarios sobre el capital. Esto no solo explicaba la ganancia, sino que morigeraba la competencia y potenciaba el beneficio del capital. De este modo, Dobb adopta una fuerte impronta clasista, en un contexto académico que no tenía mucho aprecio por la misma. La obra de Dobb retrocede hasta el año mil, contexto del nacimiento de un ética capitalista (lo que, según Shenk, era una aproximación, más que a Marx, a Hegel). El desarrollo del capitalismo, a lo largo del tiempo, había sido posible, según Dobb, por la formación de monopolios que aseguraban el margen de ganancia. Pero, desde una perspectiva dialéctica, Dobb veía en el mismo germen del capitalismo los elementos de su destrucción. El crecimiento de los monopolios había impulsado un imperialismo salvaje que estaba empujando al mundo a la guerra, y al mismo tiempo, potenciaba políticamente a un movimiento comunista que ponía en tela de juicio el dominio del capital sobre la producción.

Analizando tanto las variables políticas como económicas, Dobb busca en su obra analizar los orígenes del capitalismo, su desarrollo, para dejar planteado el final evidente: su caída. El socialismo está siempre presente en la pluma de Dobb.

En 1925 economista inglés visita, junto a Keynes, la Unión Soviética. Dobb queda impactado por la realidad rusa. Si bien reconoce que la libertad política rusa deja mucho que desear, Dobb evalúa todo en su contexto. Ve un país que sale de una guerra civil (y mundial) que lo ha devastado. Sin embargo, el mismo muestra evidentes signos de recuperación económica, que no dejan de impresionarlo. En 1928, estas impresiones son plasmadas en una nueva producción de Dobb, intitulada *Russian Economic Development*. El sentido de la obra queda expuesto en el título: Dobb busca comprender la economía soviética, siempre con el propósito de aportar a la propagación del socialismo. Dobb retoma aquí sus dos grandes influencias, Marx y Marshall, agregando, según Shenk, una nueva perspectiva: el leninismo. El desarrollo económico ruso, según Dobb, encontraba sus pilares en los trabajadores, en los ingenieros y gerentes de las industrias, y en el liderazgo de los dirigentes bolcheviques. Después de todo, sin la dirigencia política, la revolución socialista jamás habría sido posible en un país conformado en su amplia mayoría por campesinos. Lenin había sido el artífice de la base política de la revolución: la alianza obrero-campesina. Y la Nueva Política Económica (NEP), no solo una salida económica a la crisis rusa, sino más bien, y por sobre todo, una política necesaria para conservar esa alianza fundamental. En la evaluación de la NEP, Dobb deja ver toda su impronta marshalliana, al postular a la estructura de precios como el mejor sistema de asignación de recursos. Sin embargo, especifica Dobb, no era el equilibrio el objetivo principal de la revolución: era la destrucción de los enemigos de clase. Afortunadamente, ambos coincidían en la NEP. La aniquilación de la estructura de clase hacía que los precios indicasen, con mayor fidelidad, las necesidades de la población.

Irónicamente, la obra de Dobb sobre Rusia ya es vetusta cuando se termina de imprimir, ya que en 1927 Stalin anuncia el fin de la NEP. Un apéndice a la edición de 1929 busca salvar los errores, pero omite el auge de Stalin, la persecución, el terror, la lucha y el exilio de Trotsky. Mientras tanto, Stalin denuncia (y hasta ejecuta, en algunos emblemáticos casos) a los ingenieros marshallianos laureados por Dobb. En ese contexto, emerge en Cambridge la figura de quien sería un amigo e influyente pensador en la vida de Dobb, Piero Sraffa. Sraffa critica duramente al marginalismo marshalliano, causando una fuerte influencia en Dobb. En un artículo, Dobb sentencia al marginalismo, considerando que su concentración en los precios desfigura la realidad al obviar las relaciones de clase. Los próximos años, más caracterizados por la intensa actividad política, verán a Dobb retornar sobre la teoría del valor trabajo para concentrarse en el porqué de los precios (y el valor). Así, en 1937, hace su aparición *Political Economy and Capitalism*, un recorrido por la obra de los grandes economistas que concluye en la evaluación de las crisis del capitalismo.

En 1940, emerge en la escena historiográfica Christopher Hill, quien le otorga un rol determinante en la transición al proceso revolucionario inglés, al ser el escenario de triunfo del capitalismo sobre el feudalismo, lo que genera un debate en la comunidad académica, y en particular en el marxismo, ya que otras líneas sugerían que el desarrollo y triunfo del capitalismo era previo a la revolución, mientras que la revolución del siglo XVII era de hecho un aplastamiento del último suspiro feudal. Dobb, que simpatiza con la posición de Hill, no puede sin embargo dejar de pensar que el desarrollo y la primacía del capitalismo sobre el feudalismo eran previos a la revolución, y evidentes ya para finales del siglo XVI. Este debate se extendió en el *Labour Monthly*, evidenciando el surgimiento de una

camada de autores fuertemente arraigados en el marxismo: Christopher Hill, Eric Hobsbawm, E. P. Thompson, y Georges Rudé, entre otros. En este contexto, Dobb escribe lo que posiblemente sea uno de sus trabajos más conocidos, *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, cuya primera edición en inglés se publica en 1946.

El título elegido por Dobb evidencia su conocimiento y recuperación de la obra sobre el desarrollo capitalista en Rusia de Lenin. La obra, que como las anteriores, no es el resultado de un largotrabajo de archivo, rastrea los orígenes del capitalismo hasta el siglo XV, concentrándose en el caso inglés, si bien también recurre a Europa continental. En este trabajo, Dobb hace un gran énfasis en la lucha de clases como motor de la historia, recuperando el legado del *Manifiesto Comunista*, y estableciendo, como reconocería Eric Hobsbawm años más tarde, uno de los lineamientos fundamentales del marxismo británico. Dobb plantea que el feudalismo no había sido erosionado por el comercio, sino que el mismo vivía en los poros del sistema feudal, como había sugerido Marx. Eran, en cambio, las contradicciones internas del sistema las que habían terminado por destruirlo. El exceso de explotación de los siervos había alimentado su fuga, lo que había tenido efectos distintos en los casos analizados, en función de la cantidad de mano de obra disponible. Esto había debilitado al sistema, posibilitando el ataque al mismo desde la burguesía. Retomando la idea de la transición realmente revolucionaria que sugería Marx, en la que las clases capitalistas derrocaban a la aristocracia feudal, Dobb postulaba una burguesía industrial que buscaba destruir la estructura de gremios y obtener un mayor control sobre el estado. La alianza con los arrendatarios rurales forjó el bloque político que derrocó a la monarquía, bloque que se quebró en la medida en la que los industriales adoptaron posiciones conservadoras, apoyando el retorno de la monarquía. Dobb también se introduce, en *Estudios*, en la cuestión de la acumulación capitalista. Oscilando entre Marx y Smith, sugiere que si bien la apropiación violenta de medios de producción fue un factor determinante, los capitalistas británicos actuaron racionalmente a la hora de direccionar el capital. En una segunda etapa, esto derivó en una expansión de ultramar que potenció la ganancia del capital, gracias a los beneficios del monopolio. En la medida en que el libro se adentra en el siglo XX, según Shenk, Dobb asume una postura más afín a la ortodoxia del Partido Comunista, partido más preocupado por la historia reciente que por los sucesos lejanos. Se vuelca al estudio de las crisis, clara expresión del fracaso del capitalismo, considerando que la excesiva concentración de capital, origen del imperialismo, y la tendencia al subconsumo, llevaron a la crisis del '30. El fascismo, intento de salida de la crisis, es asumido así como la etapa más acabada del capitalismo imperialista.

Estudios es una obra apuntada a explicar el fracaso del capitalismo, por lo que Dobb, siempre comprometido con la política que lo rodea, debe ofrecer una alternativa a la debacle capitalista. En 1950, Dobb publica *Soviet Economic Development since 1917*, secuela de su obra precedente sobre la Unión Soviética. En este trabajo, la ortodoxia comunista de Dobb es particularmente visible, no solo por la imagen altamente positiva de Stalin, sino también por destacar la superioridad de la planificación de estilo soviético sobre cualquier otra forma de organización económica. A partir de esto, Dobb se desliza al terreno de la crítica de la teoría económica, y sugiere que los economistas, incluido Keynes, no habían podido abandonar la obsesión por el equilibrio en la asignación de recursos, mientras que el caso ruso demostraba que el eje central no debía ser el equilibrio, sino más bien el crecimiento. Su oda a la planificación se sustenta en una notable base estadística. Pero esta misma base estadística, que según Shenk atrofia el texto al punto del aburrimiento, sirve también para ocultar los aspectos cruentos de la planificación. Dobb, si bien los menciona (en parte), rápidamente los justificaba en pro del cre-

cimiento. Esto, nos dice Shenk, marca un abandono de Dobb de su tradicional perspectiva totalizante, abandono evidentemente ligado a su afiliación al Partido Comunista.

Luego del análisis de *Estudios*, el lector aguarda, con ansiedad, la llegada de la polémica. Shenk se introduce en el debate sobre la transición del feudalismo al capitalismo, que se inaugura con la publicación de una crítica al trabajo de Dobb realizada por Paul Sweezy. Sweezy le critica a Dobb algunos puntos débiles en la base empírica de *Estudios*, lo que es de esperarse en una obra sin considerable trabajo de archivo. Pero, como es ampliamente sabido, su principal crítica estribaba en el lugar marginal (o incluso nulo) que le da Dobb al comercio como factor diluyente del orden feudal. El debate rápidamente se amplía, con la participación de Rodney Hilton, Kohachiro Takahashi, Christopher Hill, Georges Lefebvre. Sin embargo, el mismo se ve cortado por la persecución macartista que encarcela a Paul Sweezy. No obstante, nos dice Shenk, la envergadura del debate, y su extensión mundial, muestra inconfundiblemente el lugar fundamental que ha alcanzado el marxismo en la vida académica. Dobb, de intelectual cuestionado por su izquierdismo, se ha convertido en una suerte de celebridad intelectual, lo que lógicamente tiene su correlato a nivel profesional, con la marcada consolidación del economista inglés en el ámbito de Cambridge.

Los años posteriores a 1950 son muy duros para los comunistas británicos. Por un lado, la bonanza económica frena las perspectivas de inminente llegada del socialismo que se vivían a la salida de la segunda guerra. Contra las teorías keynesianas, Dobb plantea que el éxito del estado de bienestar se debe, esencialmente, al rol jugado por los trabajadores a través de sus organizaciones y la lucha política. Pero, más difícil aún, es hacer frente a las violentas represiones de 1956 y al posterior blanqueo de las políticas estalinistas. Dobb decide permanecer en el Partido Comunista, con la idea de que abandonarlo en ese momento implica ceder ante las fuerzas más conservadoras del mismo. Desde esta perspectiva, comienza a trabajar en lo que sería *Welfare Economics*, donde critica a Stalin, y al exceso de centralización, buscando recuperar el rol de los precios en la economía socialista. En sus últimas producciones académicas antes de su jubilación, Dobb retorna al entrelazamiento de la economía marxista con la burguesa, afirmando, sin embargo, que la primera no debe temer a la segunda, siempre y cuando fuese el marxismo el que marcara la orientación política. La economía, después de todo, no es algo aislado del resto de la sociedad. Desde lo político, Dobb plantea la necesidad de renovar y democratizarla dirección soviética, a la que un año más tarde tildaría de "burocra-cia esclerótica". En una curiosa ironía de la historia, en el año de su lanzamiento, los tanques soviéticos ingresan en Praga, demostrando la voluntad de regeneración política que primaba en el Politburó del Partido Comunista. Dobb, presionado por el Partido, debe retractarse. El shock parece desorbitar políticamente a Dobb, que revisa sus posiciones reconociendo la importancia de la dirección política del Partido, preguntándose hasta qué punto era evitable el estalinismo. Trotsky, considera Dobb, era después de todo, igualmente autoritario. En sus últimos años de vida, si bien critica en ocasiones la represión soviética, Dobb se distancia del presente, y se vuelca al estudio de los primeros años del socialismo. Shenk, categórico, afirma: "No se estaba escondiendo del capitalismo, se estaba ocultando del estalinismo" (p. 211).

El trabajo concluye con una reevaluación del aporte y la perspectiva de Dobb. Shenk plantea, que si bien el enfoque totalizante fue el predilecto de Dobb, en reiteradas ocasiones, posiblemente movido por su membresía al Partido Comunista, el economista inglés terminó cayendo en un materialismo por momentos vulgar. Con todo, Shenk decide recuperar la figura de Dobb, que más allá de sus limitaciones, representó, y

representa, para el autor, un ejemplo del intelectual comprometido. Así, Shenk logra darle coherencia a lo que se propone inicialmente. En todo momento, el lector tiene en mente a un Dobb muy político, preocupado antes por el presente que por el pasado, buscando las vías al socialismo en todo momento. Esto nos permite comprender la *praxis* intelectual de Dobb: una perspectiva totalizante que en (casi) todo momento relaciona la cuestión económica con las disputas políticas. Sin duda alguna, este es el verdadero mérito del autor, y de su obra.